

Miércoles 27 de agosto de 2008

Era Digital

La imagen de cientos de compatriotas haciendo fila para conseguir un iPhone no debiera sorprendernos. Es reflejo del acceso masivo de los chilenos a las nuevas tecnologías y de las políticas de democratización de Internet como herramienta de desarrollo. Reaccionamos, en ese sentido, igual que los fanáticos de la era digital en París, Oslo o Toronto.

Lo que debiera preocuparnos es el uso que daremos a estas nuevas tecnologías. Partiendo por nuestra singular idiosincrasia, en la que el pago por música, películas o libros -ni hablar de software-, está reservado sólo a tontos o puristas; o la creencia en un modelo sin intermediarios entre artistas y público, en que los primeros regalan su trabajo a cambio de millonarios conciertos (basado en casos

No se invertirá en los creadores locales en un país donde editar un libro o producir un disco es un mal negocio.

tan realistas como Radiohead o Madonna). No advertimos que la progresiva mengua del mercado cultural chileno, lejos de afectar las grandes industrias o artistas, cobra sus víctimas entre los creadores locales, pues no se invertirá en ellos en un país donde editar un libro o producir un disco es un mal negocio.

Si lo dejamos a la oferta y la demanda, el resultado es obvio: al igual que tecnología, importaremos cultura. Pero si la identidad y la diversidad cultural en el mundo global nos parecen importantes (y nos creemos, de paso, la Declaración de la Unesco que ratificó Chile), debiésemos preocuparnos.

Tras una trama de normas técnicas -TLC, TV digital, concesiones radiales, donaciones culturales, propiedad intelectual-, permanecen entrampadas aún las discusiones de fondo, acerca de qué industria cultural queremos y cómo construirla en la era digital. Atacar la piratería, legalizar la copia privada y establecer sistemas de remuneración modernos para los autores, definir el rol de los nuevos intermediarios en Internet, garantizar una oferta diversa de obras y desarrollar nuestra industria a nivel global, son aún desafíos pendientes.

Bien lo saben franceses, noruegos y canadienses, cuyas legislaciones e industrias culturales son ejemplos a seguir. Y que sin duda, darán distintos y mejores usos a sus mismos relucientes iPhones.



RODRIGO VELASCO ALESSANDRI & COMPAÑIA
ABOGADOS
OFICINA
MIEMBRO
FUNDACION
PRO BONO